

EL PROYECTO DEL BARON DE HIRSCH.

¿EXITO O FRACASO?

EDGARDO ZABLITSKY

¡Cantad, judíos de la pampa!
Mocetones de ruda estampa,
dulces Rebecas de ojos francos,
Rubenes de largas guedejas,
patriarcas de cabellos blancos,
y espesos como hípicas crines;
cantad, cantad Saras viejas,
y adolescentes Benjamines,
con voz de vuestro corazón:
Hemos encontrado a Sión!

Rubén Darío, *Canto a la Argentina*, 1914

En 1891 el Barón Maurice de Hirsch fundó la Jewish Colonization Association (J.C.A.), a través de la cual habría de conducir un gigantesco proyecto de bienestar social consistente en la inmigración de miles de personas desde el Imperio Ruso hacia nuestro país y su establecimiento en colonias agrícolas.

En el número anterior de *Análisis* he presentado dicho proyecto como un ejemplo de filantropía no asistencialista.¹ En esta nota centraré el interés en su resultado, el cual es generalmente calificado como un fracaso por los historiadores del tema. Sostendré una hipótesis alternativa, en total oposición con dicha conclusión: si se realiza la *evaluación social* del proyecto, tomando en cuenta las *externalidades* generadas por el mismo, puede

¹ “Filantropía no Asistencialista. El Caso del Barón de Hirsch,” Revista Análisis 38, Diciembre 2004.

concluirse que el proyecto fue altamente exitoso; aún cuando su *evaluación privada*, la cual es implícitamente la generalmente llevada a cabo, concluye en un claro fracaso.

Comencemos por ilustrar la usual evaluación privada. El proyecto original de la J.C.A. consistía en trasladar a la Argentina 25,000 judíos rusos durante 1892, primer año de su existencia, y en el curso de 25 años se esperaba que 3,250,000 pudiesen emigrar a las colonias fundadas por la J.C.A. En los hechos, tan sólo 2,500 inmigrantes, un décimo del número proyectado, fue reubicado durante el primer año; mas aún, durante la primera década la J.C.A. tan sólo habría de trasladar 10,000 inmigrantes y, si bien la Argentina fue el principal destino del proyecto, las colonias en nuestro país nunca llegaron a tener mas de 33,000 habitantes. En estos términos la evaluación privada es claramente negativa; si consideramos como objetivo el maximizar el número de judíos rusos que accedían a la posibilidad de alcanzar una existencia digna mediante su inmigración a la Argentina, la relación entre la inversión llevada a cabo por la J.C.A., considerado como uno de los mayores proyectos filantrópicos de su tiempo (Enciclopedia Británica, 1929), y el número de beneficiarios resulta obviamente inadecuada.

Sin embargo, si tomamos en cuenta la externalidad generada, la evaluación social del proyecto nos conduce a la conclusión opuesta. Pero, ¿cuál habría de ser dicha externalidad? A mi entender la misma se ve reflejada en el número de inmigrantes que llegaron al país en forma independiente a la J.C.A., *pero que nunca lo hubiesen hecho de no existir el proyecto del Barón de Hirsch*. Dedicaremos el resto de esta nota a ilustrar el origen de dicha externalidad.²

² Esta hipótesis la analizamos en detalle en “El Proyecto del Barón Maurice de Hirsch. ¿Éxito o Fracaso?” Documento de Trabajo 289, UCEMA, Marzo 2005.

La Argentina, en el período 1856-1930, fue el segundo país de ultramar receptor, no sólo para la inmigración general sino también para la inmigración judía; sin embargo, hasta 1889 la inmigración judía al país era prácticamente inexistente. El 14 de Agosto de 1889 arribó a Buenos Aires el SS Weser, el cual traía 820 judíos rusos, número equivalente a la mitad de la población judía de la Argentina. El viaje de este grupo se había originado en 1887 en una reunión celebrada en Katowicc (Silenia, Polonia) por delegados de las comunidades judías de Podolia y Besarabia; en dicha reunión prevaleció la idea de emigrar a Palestina. El intento fracasó, pero estando en París el delegado del grupo se enteró que allí funcionaba una oficina oficial de informaciones de la Argentina, país del cual tenían muy poca información y el cual ni siquiera había sido considerado en la Conferencia de Katowicc, adquiriéndose finalmente tierras y comenzando un viaje que culminaría en una verdadera odisea. Así, de un modo por completo circunstancial, habría de llegar a nuestro país el primer contingente significativo de judíos rusos.

Sin embargo, desde 1891, año de arribo de los primeros contingentes de la Jewish Colonization Association, hasta 1930 el arribo de inmigrantes judíos fue un hecho común; algunos de ellos trasladados por la J.C.A., la mayoría en forma espontánea. Hasta 1900 habrían de ingresar alrededor de 25,000, y 87,000 más entre principios de siglo y 1914. De acuerdo a los cálculos de Simón Weill la cantidad de judíos en el país llegaba a 10,000 en 1895, se remontó a 100,000 en vísperas de la primera guerra mundial y superó los 200,000 hacia fines de la década de 1920.

El proyecto del Barón de Hirsch puso en el mapa de la judería de Europa oriental a la Argentina, en un mundo en el cual la difusión de la información era lenta y deficiente. Ello incentivó la inmigración espontánea de aquellos que jamás hubiesen dejado Europa de no contar con la información que proveían los comités de la J.C.A.. La magnitud de este hecho

llevó al mismo Hirsch a desalentar la inmigración espontánea, especificando en un panfleto publicado en ruso y en yiddish que todas las personas deseosas de emigrar debían aplicar a los comités de la J.C.A., quienes eran los únicos autorizados para prestar la necesaria asistencia. Advirtiendo que cualquiera que emigrase sin la concurrencia de dichos comités lo hacía a su propio riesgo y no habría de contar con ninguna forma de apoyo (Samuel J. Lee, 1970).

Por otra parte, los colonos incentivaron la inmigración de familiares, amigos y vecinos. En primer lugar, a través de su correspondencia al viejo mundo, y de sobremanera mediante los reportes de algunos de ellos, corresponsales de los principales periódicos de la prensa judía de Europa oriental, la cual seguía con gran interés el desarrollo del proyecto de la J.C.A.. Testimonios que sustentan esta hipótesis pueden hallarse en las memorias de los mismos inmigrantes; por ejemplo, Salvador Kibrick señala (*Mi Paso por la Vida*, 1978), “Tenía yo diez años (1904), cuando nuestra familia abandonó Peterschípara para emigrar a la Argentina, donde ya se encontraban nuestros abuelos, gracias a la Fundación Barón de Hirsch, que les proporcionó los pasajes y medios para afincarse en el campo. Fueron ellos los que nos mandaron los pasajes para venir a la Argentina. De la Capital partimos en tren hacia Carlos Casares donde nuestros abuelos, tíos y demás miembros de la familia nos dieron la bienvenida en la estación. En Carlos Casares vivían muchas familias judías, debido a que el pueblo estaba rodeado de las colonias. La más cercana era la de Mauricio, a unos 15 ó 20 kilómetros de Casares. El pueblo se convirtió en un gran centro de población judía.”

Si sumamos a ello las noticias que arribaban sobre los inmigrantes que dejaban las colonias en dirección a las ciudades cercanas a las mismas y fundamentalmente a Buenos Aires, es posible concluir, como lo hizo Elkan Adler (1905), que “cualquiera sea la opinión

sobre el valor o éxito en si mismo de las colonias de la J.C.A., no existe duda alguna que es casi exclusivamente su responsabilidad que exista una comunidad judía en la Argentina compuesta por 30,000 integrantes, un tercio de la cual reside en la Capital.”

Un siglo después, el internalizar la externalidad en información generada por el proyecto del Barón Maurice de Hirsch me permite sustentar una hipótesis similar: si se realiza la evaluación social del proyecto puede afirmarse que el mismo fue altamente exitoso; aún cuando su evaluación privada, la cual es usualmente la llevada a cabo, concluye en un claro fracaso.